

THOMAS, Clarence, *My grandfather's son. A memoir*, HarperCollins Publishers (New York, 2007), 289 págs.

Clarence THOMAS, Juez de la Corte Suprema de los Estados Unidos desde el año 1991, segundo Juez de raza negra en dicha Corte (a la que fue llamado para cubrir la vacante dejada por el retiro voluntario del Juez Thurgood MARSHALL, que veinticuatro años antes, en 1967, se había convertido en el primer Juez de raza negra en la propia Corte Suprema), es indiscutiblemente un hombre récord. Lo es por la edad a la que fue nombrado por el Presidente de los Estados Unidos, el republicano George H.W. BUSH (o BUSH padre), pues tenía entonces sólo 43 años y 3 meses, resultando que en los últimos ciento setenta y tres años (de los doscientos treinta y siete de vida de la Corte Suprema) sólo un Juez, William O. DOUGLAS, fue nombrado a una edad más temprana (en 1939, una vez cumplidos sus 40 años). También lo es por su longevidad, en la medida en que sus treinta y cuatro años y nueve meses de servicio ininterrumpido le sitúan ya en el segundo puesto de todos los tiempos, siendo superado de momento únicamente por el citado Juez DOUGLAS, que dejó su marca en treinta y seis años y seis meses (los que llevaba cuando se retiró voluntariamente en 1975, recién cumplidos los 77 años de edad), teniendo en cuenta que desde 2018 (cuando se produjo el retiro voluntario del Juez Anthony KENNEDY) ostenta la marca de ser el Juez más antiguo en la Corte Suprema, en la que suma catorce años más de servicio que el siguiente en este concreto *ranking* (correspondiéndole la segunda posición al Juez Presidente John G. ROBERTS, Jr., que suma veinte años y diez meses, desde su nombramiento en 2005). Lo es igualmente por la posición ideológica en la que es usualmente situado entre los nueve Jueces de la Corte Suprema, aunque naturalmente esta adscripción no tenga componentes tan indiscutiblemente objetivos como en los casos anteriormente referidos, si bien el prestigioso y utilísimo portal en Internet www.oyez.org acostumbre a situar al Juez Clarence THOMAS en la posición más a la derecha de la corrientemente denominada ala conservadora de la Corte Suprema (por cierto, su confirmación en el Senado de los Estados Unidos marcó otro récord, al haberse logrado con la mayoría más ajustada de todo el siglo XX, 52 votos a favor y 48 en contra, ayudando a conformar esta exigua mayoría 11 votos de Senadores demócratas), constituyendo una muy buena y muy reciente muestra de ello, por ejemplo, su opinión disidente en el mundialmente célebre «caso de los aranceles»

(esto es, *Learning Resources, Inc. v Trump*, decidido por la Corte Suprema en febrero de 2026), formulada contra la mayoría integrada por seis Jueces, integrada también por otros Jueces del ala conservadora, como el citado Juez Presidente ROBERTS, el Juez Neil GORSUCH o la Juez Amy Coney BARRET, con monumental enfado del Presidente Donald TRUMP (que había nombrado a los últimos citados). En fin, hombre récord también, ahora desde una perspectiva colectiva, por el hecho de formar parte del período de mayor estabilidad de la Corte Suprema —esto es, sin cambios en su composición—, desde que en 1869 pasara a estar integrada por nueve Jueces, supuesto que durante los más de once años transcurridos entre 3 agosto 1994 (fecha de nombramiento del Juez Stephen BREYER) y 29 septiembre 2005 (fecha de nombramiento del citado Juez Presidente ROBERTS) no se produjo ningún otro relevo en la formación.

En lo que no ostenta un récord el Juez Clarence THOMAS, en cambio, es en su condición de autobiógrafo, que es precisamente la que posee respecto del libro protagonista de estas líneas, en la medida en que hasta otros tres de sus ocho «hermanos» («hermanas», más bien) en la Corte Suprema actual accedieron a la condición de autobiógrafos aún con menos tiempo en la Corte Suprema que él, supuesto que en 2007 (año en que está fechada su edición) habían transcurrido más de tres lustros desde su nombramiento, mientras en el caso de sus «hermanas» autobiógrafas ese período aparece sensiblemente recortado, como sucede respecto de la Juez Sonia SOTOMAYOR (nombrada en 2009, habiéndose publicado su autobiografía en 2015), de la citada Juez BARRETT (nombrada en 2020, habiéndose publicado su autobiografía en 2025) o de la Juez Ketanji BROWN JACKSON (nombrada en 2022, habiéndose publicado su autobiografía en 2024). Se trata de una autobiografía —aparte un breve «Prefacio [*Preface*]» de sólo cuatro páginas, esencialmente de agradecimientos— parcelada en diez porciones, cuyos respectivos títulos dan pistas, pero no hablan por sí solos («De Sol a sol [*Sun to Sun*]», «Tan Buenos como Nosotros [*As Good as US*]», «El Pasillo [*The Corridor*]», «No Hay Sitio en la Cima [*No Room at the Top*]», «Esposas de Oro [*The Golden Handcuffs*]», «Una Cuestión de Voluntad [*A Question of Will*]», «“Hijo, levántate” [*“Son, Stand Up”*]», «Aproximación al Estrado [*Approaching the Bench*]», «Invitación a un linchamiento [*Invitation to a Lynch*]» y «Voy a conocer al hombre [*Going to Meet the Man*]»), al contrario de lo que ocurre con su título, que no deja ningún lugar a la duda respecto del papel protagonista de su abuelo (de su abuelo materno, «el único padre que tuvimos fue nuestro abuelo ... Puede que suene duro, pero no era más que la

verdad, tanto para mí como para mi hermano ... En todos los aspectos que importan, soy hijo de mi abuelo ... Incluso le llamaba Papá [*Daddy*], porque así es como le llamaba mi madre», despejando ya en la primera página la incógnita de su padre («tenía nueve años cuando conocí a mi padre ... Le vi sólo dos veces cuando era joven ... La primera vez ... no dijo nada sobre querernos o echarnos de menos [a su hermano y a él], ... pero nos trató con bastante cortesía, e incluso nos prometió enviarnos un par de relojes ...[que] nunca llegaron ... Mi padre había roto la única promesa que nos había hecho jamás»). Lo que cuenta Clarence THOMAS en las diez porciones referidas abarca temporalmente hasta su nombramiento como Juez de la Corte Suprema, en 1991, de manera que nada hay de los tres lustros de actividad suya en la propia Corte Suprema, que es el tiempo transcurrido hasta la fecha de publicación de su autobiografía, que cierra con una plegaria, la que rezó en silencio tras prestar su juramento como Juez de la Corte Suprema: «*Señor, concédeme la sabiduría para saber qué es lo correcto y el valor para hacerlo. Amén*».

Muy interesante todo lo que cuenta de su infancia y de su adolescencia en el Estado federado sureño de Georgia, del estoicismo de su *Daddy* (reflejo de una «una negativa deliberada a afrontar la realidad del racismo en Estados Unidos»), de sus primeros estudios universitarios en la institución de educación jesuítica Holy Cross (con alumnos casi en exclusiva de raza blanca), en Worcester-Massachusetts, de sus estudios de Derecho en la Facultad de Derecho de la Universidad Yale («más liberal»), después de rechazar su ingreso en la de Harvard («no me gustó lo que vi allí ..., demasiado grande y demasiado conservadora ... y, quizá, demasiado intimidante»), de sus reflexiones sobre la «acción positiva [*affirmative action*]» («era mucho peor sentir que ahora estaba en Yale *por causa de eso*», por lo que «intenté acabar con la percepción de que, de alguna manera, era inferior a mis compañeros de clase blancos»). Muy interesantes también sus reflexiones acerca del acceso de la abogacía para un Graduado en Derecho negro en los años setenta del siglo pasado («como cualquier otro estudiante de Derecho negro, era dolorosamente consciente de que los negros suspendían los exámenes de acceso a la abogacía en una proporción mucho mayor que los blancos, y de que ... se habían presentado demandas alegando que los exámenes ... eran discriminatorios por motivos raciales», aunque, tras pedir «información sobre la magnitud del problema ..., al principio daba por hecho que la desproporcionada tasa de suspensos de negros era una prueba concluyente de discriminación racial, pero cuanto más detalladamente analizaba los hechos, más evidente se hacía que estaba

equivocado»). Igualmente interesante el repaso por sus actividades profesionales tras graduarse en Derecho en Yale en 1974, desde dicha fecha hasta la de su nombramiento como Juez de la Corte Suprema de los Estados Unidos en 1991, sucesivamente en la oficina del Fiscal General del Estado federado de Missouri, John DANFORTH; al servicio de este último en Washington, D.C., cuando fue elegido Senador; en diversos puestos de la Administración republicana del Presidente Ronald REAGAN, señaladamente, durante sus ocho años al frente de la agencia federal encargada de luchar contra las discriminaciones en el empleo (esto es, la Comisión para la Oportunidad de un Empleo Igual, o EEOC, por su acrónimo en inglés); así como en el poder judicial federal, dado que el Presidente BUSH padre, en 1990, le nombró Juez de la Corte federal de Apelaciones del Circuito del Distrito de Columbia. Confieso, no obstante, que a medida que avanzaba en la lectura del libro crecía más y más mi curiosidad por comprobar la forma en que Clarence THOMAS afrontaría — si es que lo afrontaba— el tema, tan socialmente controvertido y que tanto dio que hablar en su día, del proceso de confirmación de su nombramiento por el Senado de los Estados Unidos, gravemente salpicado por las acusaciones de acoso sexual proferidas por Anita HILL, una antigua colaboradora suya en la citada EEOC. Ciertamente, el Juez Clarence THOMAS no rehúye en su autobiografía tan espinosa cuestión, a la que dedica buena parte del contenido de las tres últimas porciones del libro (81 páginas, sobre un total de 289), en las que vuelve a salir en escena su antiguo jefe, el Senador DANFORTH, habiendo resultado convincente bastante en aquel año de 1991 su declaración pública, frente a las «acusaciones infundadas de Anita» («cuando el FBI vino a mi casa a investigar sus denuncias ..., negué categóricamente todas las denuncias y negué haber intentado salir con Anita Hill en ningún momento ... Reitero con firmeza esa negación»; «esto no es americano, esto es kafkiano»), en la que se presentaba como «una víctima de este proceso», lo cual quizá no habría bastado en 2026 para lograr el voto de 11 Senadores demócratas a favor de su confirmación.

Alberto Arufe Varela